

ECONOMÍA, EDUCACIÓN Y SALUD MENTAL

A lo largo de la historia de la humanidad podemos observar que cada época marca la forma de educar a los niños en función del sistema productivo del momento. Así, en la época de la revolución industrial, en el siglo XIX, se requería que las personas fuesen sumisas y buenos productores, lo que se conseguía a través de una represión muy estricta de los sentimientos y los deseos. Pensadores de aquel momento como Sigmund Freud, incidieron en el análisis de la sociedad de la época cuando expresaban el papel que tenía la represión de los sentimientos y de las emociones sobre la salud mental y sobre la creación de enfermedades físicas y psíquicas. El mismo Sigmund Freud hablaba de la necesidad de dar una salida sublimada a los deseos reprimidos, pero también hablaba de la necesidad de autocontrol.

Actualmente, en pleno sistema global de producción, podemos analizar cuáles son las consecuencias que este sistema económico tiene sobre la manera de educar a los niños. Ahora se necesita que las personas consuman porque, de hecho, los consumidores son el motor de la economía. Si no se consume, no se vende, si no se vende no se produce, si no se produce no hay trabajo y si no se trabaja no hay dinero para comprar. Es una espiral sin fin. Para que todo este proceso no se pare, se crean unas necesidades determinadas que repercuten en la educación. Los hijos han de ser buenos consumidores, por eso, es preciso no reprimir los deseos e incluso crearlos. Así que todos estamos inmersos en unas necesidades difícilmente cubiertas por mucho que compremos: cuando ya tenemos lo que queremos, ya queremos otra cosa y no podemos esperar.

Esto comporta también que afloren “nuevas patologías” relacionadas con el deseo insatisfecho y la necesidad de placer inmediato que, paradójicamente, provoca una gran ansiedad.

La educación debería ser una cuestión de sentido común, fundamentada en las necesidades emocionales de las personas y no en las necesidades del mercado.